

Entrevista con Myriam Jimeno

An Interview with Myriam Jimeno

Uma Entrevista com Myriam Jimeno

Morna Macleod¹

En el año 2014, junto con Natalia De Marinis, realizamos una estancia de investigación en el Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional de Colombia, bajo la generosa acogida de Myriam Jimeno. Por aquellos años, en México se hacían cada vez más visibles las atrocidades de la llamada guerra contra el narcotráfico, que había iniciado en 2007. Mientras la violencia extrema atravesaba los escenarios de investigación, las movilizaciones de víctimas marcaban el inicio de un nuevo momento de la lucha política en el país. En ese contexto surgieron muchas de las inquietudes y preocupaciones académicas, políticas y afectivas que compartimos con Myriam Jimeno, algunas de las cuales se reflejan en esta entrevista. Los diálogos que iniciamos en aquel año fueron el comienzo de diversos encuentros colectivos inspirados en su propuesta teórico-metodológica sobre las “comunidades emocionales”, una perspectiva que hemos encontrado particularmente fértil y necesaria por su potencial académico, político y ético.

Los encuentros se materializaron, primero, en el congreso del Latin American Studies Association (LASA) que se llevó a cabo en Puerto Rico en el año 2015. En aquella ocasión, con Natalia De Marinis organizamos una mesa en la que participaron Yolanda Aguilar, María Gabriela Távara, Brinton Lykes y Alison Crosby, la cual versó sobre comunidades emocionales y justicia en Guatemala. Dos años después, organizamos una segunda mesa en otro congreso del LASA que se llevó a cabo en Lima, Perú. Este fue un doble panel intitolado “Comunidades emocionales, memoria y justicia en América Latina”, en el que junto con Myriam Jimeno, Daniel

¹ Investigadora de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM). Correo: morna.macleod@uaem.mx

Varela, Ángela Castillo, Jenny Pearce, Ixkic Bastian, Gisela Espinosa, Lynn Stephen, Alison Crosby, Brinton Lykes y Amaranta Cornejo presentamos un primer borrador de los capítulos que conformaron el libro *Resisting Violence: Emotional Communities in Latin America*, publicado por Palgrave Macmillan en 2018. Un año después, fue publicado en español por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia y la Universidad Autónoma Metropolitana- Unidad Xochimilco.²

En estos diálogos, logramos tejer puentes con la obra de Myriam Jimeno, así como visualizar su enorme potencial para comprender otros contextos y diversas temporalidades de la violencia en América Latina, que incluyen las dictaduras del Cono Sur, los conflictos armados en Centroamérica, los testimonios de masacres, desplazamientos y catástrofes en México, entre otros. En estos escenarios habíamos trabajado como investigadoras, activistas y personas solidarias desde las décadas de los setenta y hasta la actualidad.

El concepto de comunidades emocionales nos permitía abrirnos hacia la posibilidad de repensar críticamente nuestro papel como audiencias y aliadas, así como comprender el papel de las emociones en los vínculos políticos, algo que en las trayectorias políticas de muchas de nosotras había permanecido en los márgenes de nuestras acciones y por fuera de nuestros escritos y reflexiones.

Pensar en clave de comunidades político-afectivas y sus variantes (comunidades emocionales y comunidades político-emocionales-estratégicas- tal como propone Lynn Stephen en el libro) también nos confrontó con las limitaciones de nuestras propias colaboraciones y alianzas, atravesadas por relaciones racializadas, de género y clase que construyen asimetrías de poder y privilegio. Nos quedaba claro que no se trataba de trasladar un concepto para explicar otras realidades y situaciones, sino más bien hacerlo dialogar con otras experiencias, comprendiendo los lazos emocionales y políticos desde su capacidad transformadora, pero también desde los riesgos que supone la banalización emocional en contextos de sufrimiento.

Finalmente, este ejercicio colectivo hizo posible pensar nuestros trabajos desde un horizonte de memoria y esperanza, lo que nos resultaba especialmente vital en el México de 2014 cuando iniciamos estos diálogos.

Me gustaría que me comentaras ¿Cómo tomas el concepto de comunidades emocionales, cómo lo vas desarrollando?

MJ: Si quieres empiezo hablando de cómo llegué a eso. Quizá vale la pena contar brevemente que lo que yo como investigadora he vivido es un proceso paulatino en que las investigaciones de campo me han ido revelando y obligando a pensar cuál es el papel de las emociones en la acción humana. Eso no viene de esta investigación sino que empezó en el año 1991 cuando yo empecé a hacer trabajos sobre violencia doméstica, violencia en la intimidad. Y me empezó a llamar la atención que personas muy mayores, mayores de 75 años, hablaban y reencarnaban, repetían, las emociones de cuando habían sido niños maltratados. Para mí esa profundidad del impacto emocional, cuando ya habían pasado décadas –habían sido niños y

2 El libro es de acceso abierto. <https://casadelibrosabiertos.uam.mx/contenido/contenido/Libroelectronico/Comunidades-emocionales.pdf>

eran personas mayores las que yo estaba entrevistado. Me obligó a decirme que esto había que pensarlo y analizarlo, que esto no era un dato trivial.

A partir de eso comencé a leer un poco el trabajo incipiente de sociólogos y antropólogos.

¿Quiénes eran?

MJ: En particular, me sirvieron bastante dos autoras: Lila Abu-Lughod –palestina- y Catherine A. Lutz, para ayudar a plantear el problema. También leí bastantes trabajos de la psicología cognitiva y sus desarrollos. Y a partir de ahí la formulación analítica que yo hice es que en esas experiencias de violencia en la intimidad había clarísimamente un vínculo entre lo cognitivo –las apreciaciones, razonamientos, memorias y evaluaciones que las personas hacían de su experiencia- y la valoración emocional y que las dos cosas estaban impregnadas la una de la otra. Y que eso era importante para entender la experiencia de violencia. De ahí, yo pase a esa idea más general y es el papel de las emociones en la experiencia de violencia. Trabajé en un segundo gran momento alrededor del crimen pasional.

En ese segundo momento, hice el trabajo –que fue mi trabajo de doctorado- sobre crimen pasional, una comparación en Colombia, y pues el nombre mismo, el lenguaje ordinario mismo está denotando el encuadre altamente emocional que hace la sociedad de esta forma de violencia. Allí, yo me expandí en esa idea y en otra: cómo nuestra sociedad categoriza las emociones y la manera como lo hace, es como apuestas a la razón, como partes constitutivas del sujeto, pero de un sujeto cuya parte desarrollada, valiosa, productiva es la razón, mientras que las emociones son algo muy instintivo supuestamente, que emergen, que la tienen las mujeres, pero también la tienen los hombres, pero que cuando sale, lo que hace es bañar lo que la razón propone. Por eso matan a una mujer. Sí, es una cosa de las mujeres, pero en el crimen pasional algo interesante es la invención que se produce: el hombre, en una proporción muy importante –de 8 a 1-, es quien mata a las mujeres y en general el gran argumento –que encuentro a lo largo de casos y casos en toda América Latina y en Colombia- es que el hombre las mata en un arrebato emocional. O sea, el hombre que es el *káiser* de la razón, lo que hace es un arrebato. Y allí es muy claro el enunciado cultural de las emociones como actos instintivos, bárbaros, que no tiene nada que ver con la razón. Justamente lo que yo hago es tratar de deconstruir eso y mostrar cómo esas ideas sobre las emociones están justamente relacionadas con: primero, concepciones duales del sujeto y cómo nos construye la modernidad con la valoración de la razón, pero también atravesadas por las jerarquías de género claramente, de manera que las mujeres son los seres emocionales, y cómo eso se asocia a una idea de la violencia también, como algo patológico. No es aceptable que la violencia habite lo social sino que se la coloca como parte de esa caverna que son los instintos. No habita entre nosotros, sino que por una circunstancia muy particular, muy especial, que tiene que ver con una herida a la masculinidad del hombre, puede emerger. Yo relaciono ahí las jerarquías de género y la masculinidad, con la concepción del sujeto y con el lugar de la violencia como algo inaceptable, que tiene el problema que no se revisa a fondo y se reproduce en la intimidad como formas de violencia.

De ahí, paso a un tercer momento que es cuando estoy trabajando esta comunidad en el sur-occidente de Colombia, que vivió una masacre en el año 2001 y yo me pregunto ahí: ¿Cómo un grupo de sobrevivientes que no quiere retornar al lugar donde sucedió la masacre,

sino que quieren construir una comunidad nueva, emplean recursos emocionales. Y pudimos presenciar- eso después lo podrás leer, porque hasta ahora estamos terminado el libro completo- cómo la puesta en escena, la construcción de una narrativa pública, que hace este grupo de quienes no retornaron, sobre la masacre, la escenificación -alrededor de conmemoraciones, de actos políticos de demanda- es la que permite construir una cosa que va más allá de la psiquis de identificación racional, a ser una identificación emocional. Esa identificación emocional yo la llamo: comunidad emocional. Digamos, es eso que se produce en el proceso de narrarle a otro, atestiguar para otro, un sufrimiento vivido y lograr que el otro se identifique en ese sufrimiento a través de un relato, una narrativa. A veces es una narrativa escénica, a veces es una narrativa ritual, a veces es una narrativa política. Lo que argumento es que esa narrativa política adquiere verdadero efecto cuando construye comunidad emocional. Es decir, cuando el dolor de la víctima no queda particularizado en la víctima, sino es extendido a otras audiencias que permiten identificar y conmoverse profundamente y que eso es un vínculo político, no simplemente una compasión momentánea, sino que se traduce en un vínculo político que puede ayudar a acciones reivindicativas: en pro de encontrar justicia, en pro de castigar a los culpables, en pro de saber que ocurrió, en pro de la verdad, en pro de que las víctimas sean reparadas de una manera integral. Y en ese sentido la construcción de comunidades emocionales es, me parece a mí, un resorte político de la acción ciudadana importantísimo.

¿De dónde saco yo la idea de “comunidades emocionales”? Alguna vez Weber la usa para hablar de lo que se produce en los fenómenos de tocar música en público. Pero en realidad yo lo que hice fue servirme de eso –porque eso no está desarrollado en ningún lado- inventar –ya que no es idea de nadie, yo uso esa cosa- y, para denominar ese vínculo –que nosotros lo vimos porque vimos cómo la gente lloraba, cómo la gente que no había sufrido esto se conmovía frente a lo que había pasado y luego apoyaba las acciones reivindicativas de las víctimas. Tú me dirás que quieres que profundice.

Me interesa esto último, me gustó muchísimo toda la genealogía para llegar aquí. Pero esta parte colectiva es lo que...creo que tiene mucho que ver con los tribunales de conciencia, con las comisiones de verdad. Mi duda, por ejemplo, es ¿tiene que ser siempre en colectivo? ¿Puede ser entre dos personas?

MJ: Claro, yo lógicamente lo estoy usando en el sentido de cómo un grupo de personas, de familias, unidas por un acto de violencia, unidos por la experiencia común de un acto de violencia, usan eso en un lenguaje político. Pero, volvamos al escenario de 1991 que te comenté, donde de lo que estamos hablando es de una relación cara a cara entre dos personas. Yo creo que eso es igualmente válido. Yo no lo he usado porque esa categoría la estoy usando ahora, la de comunidades emocionales. En otras hablé de emociones, pero no de comunidades emocionales.

¿Tú crees que sí se podría aplicar?

MJ: Claro ¿la categoría que es lo que implica? Cuando nosotros desplegamos nuestro relato de la experiencia frente a otros, no solamente, como sabemos, le recortamos sucesos a las personas, no solamente hacemos un relato de circunstancias, agentes y condiciones, sino que

también le comunicamos una connotación afectiva que permite tender un vínculo que puede ser de empatía o puede ser al revés, de odio y confrontación con el otro ¿Cuál es el sustrato mas profundo de esa teoría? La teoría de la acción de Hanna Arendt, especialmente algunos trozos de “La condición humana” donde ella se detiene a valorar la importancia de la palabra cuando la acción es narrada y cómo eso adquiere un estatuto que, para ella, es el estatuto verdaderamente humano. Ella tiene otras en las que resalta ese papel que cuando nosotros relatamos nuestra experiencia –a unos, a otros o a un grupo- y cómo eso crea unos vínculos de acción, eventualmente política. Y recupera la humanidad de la persona. Esto tiene inspiración en Hanna Arendt, ella nunca habló de comunidades emocionales, pero yo tengo ese sustrato.

Quiero preguntarte en relación a la investigadora. Yo pienso que hacemos ruptura con ese pensamiento que hay que ser totalmente distante y afuera. Yo pienso que ese sentimiento está ahí y todas las cuestiones que hemos trabajado de investigación colaborativa están. Pero ¿Cómo manejarlo? A mí me ha pasado que me cuentan algo terrible y me pongo a llorar: ¿Qué haces con eso? ¿Cómo ves eso en el caso de quien investiga?

MJ: Digamos que ese no es un terreno simple porque obliga a pensar alrededor de la validez y rigurosidad de lo que estamos haciendo, y cómo existe esa tensión entre la observación objetiva y el involucrarse subjetivamente. Para mí eso no tiene una solución, es una condición permanente, tensa y difícil. No veo que haya alguna fase de solución entre esas cosas. Eso está en la naturaleza del quehacer de la investigación antropológica. Uno se coloca simultáneamente como un observador pero también como un sujeto particular: mujer, joven, hombre, mayor. Y en esa medida no sólo se mantienen relaciones de observación, sino relaciones humanas con esas personas, y lazos afectivos. Dicho esto, lo que quiero decir es que ya la antropología viene aceptando de una manera clara ese papel de las emociones que vinculan al investigador con sus sujetos de estudio y con las experiencias, en particular cuando son experiencias de sufrimiento. Y ahí hay clarísimamente un vínculo inescapable cuando uno escucha relatos de dolor, de sufrimiento y se identifica uno emocionalmente con eso. A mí me parece que, como lo dice en algún artículo este antropólogo libanés Gilsenan, lo importante es reconocer explícitamente esas emociones y reconocer que, de todas maneras, esa emoción no disuelve las diferencias. Yo me puedo identificar, puedo crear una comunidad emocional con los sujetos de estudio –yo creo que realmente lo hicimos profundamente con las personas de nuestra investigación- y sin embargo, siguen siendo dos perspectivas diferentes frente al mundo, frente a las acciones. Y eso abre también un nuevo campo de tensiones entre lo que yo pienso que podrían hacer y lo que ellos desean y puede hacer. Y creo que eso, esa distinción entre el vínculo que sí se forma pero no hace que se disuelva la alteridad tiene que ser narrada de nuevo, tematizada de nuevo, vista en sus límites y sus contradicciones. Y más allá de eso, no hay propiamente una solución distinta, de todas maneras, en los puntos de encuentro poder contribuir más allá de simplemente analizar unos fenómenos y contribuir al acompañamiento de esos procesos. Que, de hecho hoy en día veo mucha preocupación y la hablan como compasión, pero a mí no me gusta esa palabra, pero sí me gusta empatía y la palabra acompañamiento. Nosotros, en este caso, sí hicimos acompañamiento a la construcción de la narrativa escénica, y nosotros sí nos animamos a construir esa narrativa escénica y los acompañamos, no porque se la hicimos, ellos la hicieron,

pero sí los acompañamos, a veces les prestamos palabras o cuestiones técnicas como por ejemplo cómo hacer una pancarta. Pero, al mismo tiempo, ellos tienen una perspectiva y nosotros otra. A veces termina poniéndose en evidencia. Por ejemplo, en el caso que te comento, hay liderazgos que usan profundamente y saber usar muy bien la movilización emocional de los otros, con lo cual nosotros no estamos identificados, nos parece una forma de manipulación. Hay un líder allí que tiene un tipo de liderazgo carismático, que tiene la posibilidad de la movilización emocional y que se ha ido cualificando cada vez más en eso, y yo de fuera lo veo con cierto horror. Y ahí es donde aparecen los límites de esa comunidad emocional. Puede haber otro ejemplo que es cuando los indígenas optan –no es el caso de mi investigación- en la década de los 90 por el uso de la violencia, porque estaban desesperados, porque estaban matando y amenazando a sus líderes y optan por eso, y uno no los sigue hasta allá. Eso es muy empírico pero muestra los límites de la condición de investigador-ciudadano, investigador-acompañante, pero finalmente uno es otro, de todas maneras.

Yo creo que Charlie Hale habla de eso un poco en su investigación colaborativa, de reconocer también las relaciones de poder que hay entre investigadores y sus sujetos.

MJ: Si, está presente de todas maneras. Y uno tiene acceso a recursos que ellos no tienen. Como la escritura, como los medios de difusión, por ejemplo, como ciertas oficinas públicas, la burocracia. Muchas veces uno, yo creo que la antropología colonial es un gran ejemplo de eso, ha puesto al servicio de ellos esos recursos, eso se ha hecho en Colombia.

Me has hablado de la escenificación, me dijiste que puede ser entre dos individuos, entonces no siempre tiene que ser una puesta en escena....

MJ: No siempre puede ser una puesta en escena, lo que pasa es que...¿Cuál es la diferencia que se produce cuando hay una confesión? te lo voy a poner en un ejemplo de mi propia experiencia investigativa ¿Cuál es la diferencia entre las mujeres que me narraron acciones de violencia por parte de sus parejas –palizas, formas de humillación sistemáticas, incluso violaciones- que me la cuentan a mí, en una charla entre las dos personas y yo me conmuevo, ellas se conmueven y las dos podemos estar envueltas en ese lazo y podemos, incluso, sentir ese mismo repudio moral hacia el agresor y cuando la gente de Kitek Kiwe hace un relato público de lo que les pasó? No nos lo hace a nosotros, pero lo hace a los burócratas de derechos humanos, a los funcionarios públicos, a las personas de las ongs internacionales. Ahí hay una diferencia. No porque no se teja en ambos un lazo empático, sino porque en un caso la acción está circunscripta: la acción se queda entre la mujer que me narró el maltrato que sufrió de su marido y yo que recibo el relato y que quizá lo registro en un libro, un artículo. Pero la acción está profundamente circunscripta ¿Cuál es la diferencia cuando nosotros les decimos a la gente que nos relate qué fue lo que pasó, cómo le hicieron, a dónde fueron, qué hicieron para reconstruirse? Eso fue lo que les dijimos. Y ellos cogen esa oportunidad para fortalecer la narrativa y contársela muchas veces a otros, a veces usando técnicas abiertamente escénicas, creando personajes, creando un sociodrama. ¿Cuál es la diferencia? Que la acción pública tiene una trascendencia mucho mayor, hay una extensión simbólica y hay una extensión afectiva, una

comunidad emocional que permite entonces una acción mucho más...de una escala diferente, sobre el suceso. En un caso está muy circunscripta y puede ser entonces que yo diga “¡Ay! Qué horror ¿Cómo esta sociedad es tan benevolente frente a los crímenes pasionales? Sería bueno...” Y entonces escribo uno o dos artículos en el periódico. Eso lo hice, les envié unos artículos a unos magistrados para que piensen por qué es tan benevolente la ley frente al crimen pasional. Pero son acciones circunscriptas. Lo otro no, porque entran a ser parte del movimiento nacional de víctimas, resuenan con otros relatos de víctimas, resuenan con otros niveles de la acción alrededor de los derechos humanos, la justicia, y la reparación. Para mí sí hay un nivel, como diría Hanna Arendt, la segunda sí es claramente una acción política y en la primera hay una política inscripta en eso, pero no es propiamente un acto político. En ese sentido, dice ella, es cuando se ponen voluntades en común para incidir en aspectos de toma de decisiones.

Siempre que hay riesgos y limitaciones, ¿Cuál sería alguna?

MJ: Hay riesgos en la manipulación. El primer gran riesgo es la manipulación emocional ¿Qué es? Cuando ya hay una identificación y la usas deliberadamente para conseguir otras cosas y eso siempre está a punto de pasar.

Como decían unos ex presos políticos chilenos: “yo le cuento esto a un grupo y me dan dinero”

MJ: Evidentemente, ese es el riesgo. No significa que se inventó la tortura, es auténtica, pero la está usando para otro fin. Hay un riesgo de manipulación que siempre hay... ¿Cuál es el límite moral de esa manipulación emocional? A parte de la manipulación –porque estamos hablando de los sujetos que crean el lazo y lo ven efectivo- pero ahora pensemos del otro lado: ¿qué pasa con nosotros? Con nosotros puede pasar una cosa similar: la utilización de los relatos de sufrimiento de forma manipuladora. Pero también puede pasar otra cosa, que es exacerbar la dimensión del sufrimiento en desmedro de la acción restaurativa que la propia gente hace. Como esa pornografía de la violencia, cuando te fascinas con el horror. Ese es un peligro. Porque ese peligro encierra a las personas en su condición de víctimas, cuando lo que ha sido tan importante es la reestructuración, el replanteamiento de la categoría de víctima como categoría activa y no pasiva.

¿Y limitaciones? ¿Sientes que hay limitaciones?

MJ: Claro. Porque finalmente la enunciación analítica de la emoción todavía me parece que está construyéndose. Y es por eso que no sólo hay estas limitaciones que hemos dicho, la manipulación o el encierro en el dolor, también hay limitaciones de conceptualización y de análisis que yo creo que todavía sufrimos porque finalmente nuestro campo no es ese. Hay algunos artículos que dicen que los antropólogos pueden caer en el error de creer que al estudiar las emociones lo que hace es poner al otro a hablar de cómo se siente. Cuando realmente muchas veces las emociones están difusas en otras prácticas de la vida cotidiana y no necesariamente tienen la categorización esa de: “yo siento tal cosa, por tal cosa”. Y podemos

caer en esa confusión de que la verbalización registra el hecho. Y eso puede ser una dimensión pero también puede ser una banalización de ese aspecto. Yo creo que en eso todavía estamos apenas dando los pasos para no caer en banalizaciones o en cosas estereotipadas, donde es muy difícil conservar un lente analítico.

Sobre bibliografía...

MJ: donde está más desarrollado esto es en un artículo que se llama “Emociones y política” publicado en la revista “Mana” de Brasil. Ahí elaboro mucho más el tema de las emociones.

Bogotá, noviembre de 2014

Referencias citadas

- Jimeno, Myriam. 2010. Emoções e política: a vítima e a construção de comunidades emocionais. *Revista Mana* 16 1: 99-121.
- Macleod, Morna y De Marinis, Natalia. 2018. *Resisting Violence. Emotional Communities in Latin America*. London: Palgrave Macmillan Press.
- Macleod Morna y De Marinis, Natalia. 2019. *Comunidades emocionales. Resistiendo a las violencias en América Latina*. Bogotá y Ciudad de México: : ICAHN y UAM-X.